

SANTIAGO KOVADLOFF

DE LA NATURALEZA DE LAS COSAS

Un trueno, de pronto, destroza la tarde.
Mi vecino y yo, pasmados, corremos a la ventana.
Donde el cielo era apacible
hay ahora un río de nubes deshechas
que el viento azota y dispersa.
Y en la vieja calle de adoquines
la furia del agua súbita sepultó el sosiego:
ruedan ramas, diarios, ropas que arrastra
el aire atormentado en la luz desvanecida.
Luego, de ventana a ventana,
mi vecino y yo nos miramos meneando la cabeza
y, de espaldas al enigma de esa muerte
repentina y violenta de la tarde,
sonreímos comprensivos, paternales, como
si la Naturaleza no fuera más que un cachorro travieso
que orinó en la sala o desbarató un ovillo,
y no esa antigua bestia multiforme
que tras deshacer el cielo,
nos aguarda jadeando en el living, en el sótano, en la cama,
para seguir cambiándonos las puertas de lugar,
disolviendo el sueño en insomnio,
estampando un perfil nuestro insospechado
cada vez que nos miramos de frente en el espejo.

DESNUDO

Me voy reconciliando con mis viejas cosas:
el opaco reloj,
el pantalón vencido,
los dóciles zapatos que se ensanchan.
No amaba hasta hace poco las cosas desgastadas.
Buscaba en cambio el resplandor de lo que nace.
Ya no es así.

Amo ahora, sobre todo,
lo que incansablemente me acompaña,
lo que perdura sin brillo,
lo que a fuerza de mirar casi no veo,
lo que ya casi no miro,
lo que no guarda más secreto
que el de su persistencia.

DE NOCHE, EN EL CAMPO

Estalló un madero en la oscuridad.
Fue un quejido seco, claro.
Vino de una pared del ropero
o vino del respaldo de una silla.
No fue un ruido venido de afuera.
No fue el paso de un intruso.
No fue el eco desvelado
de un animal que deambula.
Fue un madero.
Crujió y se hizo oír,
quizá al cabo de muchas horas,
días acaso, meses soportando
la presión de lo indecible.
No hay lugar a confusión: oí un madero.
Un madero que gime como un alma.
Estalló en la oscuridad.

EL TURBIO MAR DE SU DILEMA

Un hombre atormentado por la duda
hace girar una copa entre sus manos.
Hay un rostro de mujer
en el fondo de esa copa.
Hay una boca ardiendo en su memoria,
alzando tempestades,
matándolo y de nuevo
forzándolo a nacer.
Sus ojos nada ven alrededor,
sus manos obran hasta que,
de pronto,

la copa se detiene.
¿Pudo el hombre resolver su duda?
¿Logró escapar al turbio mar
de su dilema?
Acaso nada resolvió de su dilema.
Acaso sigue tan perdido como antes.
Pero esa pausa ciertamente lo serena,
aplaca su obsesión, lo alivian
el bar con su color,
la gente con su paso,
la noche y su secreto,
el canto de otras copas.
(En todo lo que importa
resolver al corazón,
el hallazgo, casi siempre,
es una pausa).